

mento que se agotasen los medios para sostener en actividad numerosas columnas contra los contrarios, estos aumentarían sus filas, se organizarían y acaso se harían dueños de la situación.

En los días mismos en que los plenipotenciarios de las naciones aliadas cambiaban sus notas con el gobierno de D. Benito Juárez, las fuerzas conservadoras recorrían diversas provincias importantes, y no pocas se hallaban á corta distancia de la capital. Algunos de sus jefes, al saber de una manera positiva que la mira de las tres potencias aliadas en nada amenazaban la independencia del país, se propusieron presentar á los que sostenían el plan de Tacubaya, como una entidad política con igual derecho á ser oída que la que se hallaba en el poder. En un memorandum escrito por el general conservador D. Leonardo Márquez con motivo de la intervención de las tres potencias aliadas, que ha dado á conocer el apreciable escritor mejicano Don Ignacio Alvarez en su obra *Estudios sobre la historia general de Méjico*, y que consta, según afirma, en un diario de la campaña que en páginas anteriores había citado, se pretendía manifestar ese derecho. «Estando ese día el general Márquez en Tequizquiapan, »(1) y sabiendo ya todo lo hecho con motivo de la »intervención, tuvo el pensamiento altamente político y eminentemente patriótico de presentar á la

bas en su obra *Los gobernantes de Méjico*, «que la brigada Zaragoza no pudo moverse de Puebla durante algunos días por falta de ocho mil pesos, que con dificultad consiguió de los comerciantes.»

(1) Copio el documento que presenta el expresado escritor mejicano D. Ignacio Alvarez.

»reacción, ante los ojos de las naciones aliadas, como una entidad política defensora de las garantías »nacionales; y para esto creyó conveniente el estable- »cimiento de una junta que representara el desarrollo de »esta idea, que al mismo tiempo debía hacérseles saber »á los comisarios europeos. Para la ejecución de este »pensamiento nombró un comisionado que llevara en »su poder el memorandum ya dicho, del cual tomamos »los siguientes párrafos.

1862.

Febrero.

»Atendida la imparcialidad que han pro- »testado los comisionados de las naciones »aliadas en el delicado negocio de la intervención, no »se puede creer que se hayan entendido solo hasta hoy »con el gobierno de Juárez, porque tengan simpatías »por determinado bando político; sino porque tienen »que hablar con el gobierno que encuentran en Méji- »co, sea el que fuere, sin averiguar su procedencia. Es- »to es natural; pero también lo es, que todos los meji- »canos debemos tener la parte que nos corresponde »en un asunto que puede ser vital para nuestra pa- »tria. Así es que, si, como lo creemos, la intervención »viene animada de las mejores intenciones, no es ciertamente el mejor camino entenderse con unos y desentenderse de otros: de consiguiente debe tomar en cuenta la existencia del gobierno emanado del plan de Tacubaya, cuya legitimidad disputamos, ó á lo menos entenderse también con los jefes de la reacción que representan los intereses de una parte numerosa del país. Lo que sea salir de este círculo, es errar el camino; porque si cuando va á tratarse de la suerte de la nación se excluye á una parte importante de ella, ésta no podrá conformarse con el

»desconocimiento de sus derechos; y así, lejos de conseguirse el objeto de la intervencion, se encendería una guerra mas terrible por su doble carácter de civil y nacional.

»Desde que por nuestra correspondencia de Europa y las Antillas supimos el objeto de la intervencion, creimos que, al ocupar el territorio nacional, debia ser el primér paso, solicitar de las fuerzas mejicanas que contienden entre sí, una suspension de hostilidades para que la nacion pudiera expresar libremente su voluntad, sin que el estrépito de las armas ni los estragos de la guerra interrumpieran el uso franco de su sagrado derecho. Y en efecto, así lo anunciaron los comisarios en su manifiesto dado en Veracruz.

»No sabemos si llegará este caso; ni si aun cuando llegue se conformarán con él nuestros adversarios; pero desde luego debemos advertir que esa suspension deberá ser leal y franca, haciendo en todo, cuanto conduzca al fin que todos nos proponemos, que es la salvacion de nuestra patria por medio de un establecimiento de un gobierno sólido y duradero que ponga término á la guerra civil y que afiance la paz de la nacion.

»Habiéndose publicado ya la convencion de Londres, que expresa el objeto de las naciones aliadas para intervenir en nuestros negocios: conocidas tambien las proclamas de los generales Gasset y Prim; y conocido igualmente el manifiesto de los comisarios que, bajo su palabra de honor, declaran á la faz del mundo cuál es su mision, creemos: que como representantes de la reaccion, debemos dirigirnos á los mencionados comisarios, ha-

»ciéndoles entender estas razones y con la advertencia de que al dirigirles la palabra, no los consideramos, segun los documentos antes citados, como enemigos que ocultan miras bastardas contra la independenciam de nuestra patria. Pero es necesario aclarar este punto para descubrir absolutamente las verdaderas intenciones de los aliados y preparar el terreno de la manera mas conveniente para el restablecimiento de la paz, el orden y la felicidad de la nacion.»

En las anteriores palabras del memorandum de Don Leonardo Márquez se ve que el partido conservador estaba dispuesto á combatir contra la intervencion si llevaba miras de conquista ó de dominacion, así como tambien á recibirla como amiga y á prescindir de la

1862. lucha civil, si llevaba el objeto pacífico
 Febrero. que las tres potencias aseguraban y se revelaba en los artículos de la convencion firmada en Londres, dejando toda actitud hostil contra sus contrarios políticos, para dejar que el país eligiera libremente el sistema de gobierno que juzgase conveniente. En lo primero mostraba su amor á la independenciam; en lo segundo su abnegacion en política, puesto que posponia sus miras de partido á las que pudieran manifestar los pueblos, que eran los mas interesados en que se estableciese un gobierno sólido, que cimentase la paz, el orden y las garantías, hasta entonces alejadas de la sociedad por las continuas convulsiones políticas. Los dos partidos decian ser la expresion de la voluntad nacional; y si cada uno tenia la conciencia de ser lo que aseguraba, lejos de temer que se convocase al país entero á que emitiese su opinion sobre lo que deseaba,

debía anhelarlo, pues de esta manera podría blasonar el que alcanzase el triunfo electoral, de ser el único legítimo, y afianzar para siempre su poder.

La cuestion de la intervencion de la manera que estaba planteada en el referido memorandum, era sencilla y lógica; pero no pudo ser presentada por el partido conservador á los comisionados régios de las potencias interventoras. La causa que se opuso á ello, fué inesperada. D. Leonardo Márquez envió un comisionado suyo á Méjico para que hablase con el instruido abogado conservador Don Ignacio Aguilar y Marocho, y poniendo en su conocimiento la idea, tomase á su cargo el desempeño de ella con el acierto que era de esperarse de su vasta capacidad; pero en los momentos en que el comisionado llegaba á la capital, salia desterrado de ella para el interior el señor Aguilar, y con su ausencia se presentaron dificultades á Márquez que no pudo vencer oportunamente, verificándose entre tanto los convenios de la Soledad.

Pocos dias antes de haberse firmado los preliminares de estos, esto es, el 14 de Febrero llegó á Veracruz, con su hijo, la señora Agüero, condesa de Reus, esposa del general Prim. Era mejicana, pertenecía á una familia distinguida de Méjico, y era sobrina del ministro de hacienda Gonzalez Echeverría, que formaba parte del gabinete de D. Benito Juarez.

Al siguiente mes, el 1.º de Marzo, desembarcaron en Veracruz el general D. Juan Nepomuceno Almonte, Andrade, y algunos individuos notables del partido conservador que se hallaban expulsos. Almonte era uno de los mejicanos que mas activamente habia trabajado en

la corte de Francia porque en vez de la guerra se llevase á Méjico un medio de establecer un gobierno estable, elegido por el país sin presion de fuerza armada, y el personaje que mas confianza inspiraba al partido conservador. Este, aunque combatiendo sin descanso contra Juarez, se habia mantenido receloso respecto de las naciones coligadas. Patriota, como todos los partidos de Méjico sin excepcion, estaba dispuesto á luchar por su parte contra los soldados de las tres potencias en caso de que llevasen miras de conquista, aunque sin unirse al gobierno progresista. La llegada de Almonte iba á dar á los jefes conservadores luz sobre la política abrazada por Inglaterra, Francia y España; los tratados de la Soledad les habia hecho creer que los comisionados habian torcido el camino señalado por sus gobiernos en la convencion de Londres; creyeron que el apoyo que se habia dispuesto dar al pueblo, se lo habian prestado al gobierno de Juarez, y esperaron á que Almonte hablara, para saber la conducta que observar debian.

1862.

Marzo.

Don Juan Nepomuceno Almonte, pocos dias despues de su llegada á Veracruz, hizo una visita al general D. Juan Prim. En ella le manifestó que el deseo de la sociedad mejicana era el establecimiento de una monarquía, con Maximiliano por emperador, y que contaba con el apoyo de las tres potencias, en caso de que el país manifestase que esa era su voluntad, que no dudaba la manifestaria en cuánto se encontrase en situacion de poderlo hacer libremente. El conde de Reus le contestó, «que era de opinion diametralmente opuesta, y que no debia contar con el apoyo de España; que Méjico, consti-

tuido en república cuarenta años hacia, debía ser naturalmente anti-monárquico, y no aceptaría jamás nuevas instituciones que no conocia y que eran contrarias á las que habia adoptado, y bajo las cuales vivia desde tan largo tiempo.» Almonte hizo presente al general Prim que, precisamente porque no habia encontrado la nacion paz ni reposo durante la república, anhelaba como remedio á sus males la monarquía; que el afecto al sistema republicano habia sido con efecto el que dominó á todas las clases de la sociedad; pero que no hallando en el sistema adoptado el bien anhelado por los pueblos, sino el entronizamiento de la arbitrariedad en todos los gobiernos que se habian sucedido unos á otros con extrema rapidez, los hombres amantes al orden, la gente laboriosa, la que era víctima de las convulsiones políticas que ensangrentaban el suelo de la patria paralizando el comercio y arruinando la agricultura, anhelaban un gobierno de orden estable; y que este gobierno esperaban encontrarlo estableciendo la monarquía. Almonte citó los nombres de varios individuos de elevada posicion, así en el ejército como en la magistratura, que habiendo sido de los mas adictos al sistema republicano, opinaban entonces por el establecimiento de una monarquía; y aseguró que toda la clase propietaria, agricultora y comerciante, anhelaban el cambio de sistema político. En este punto el general Prim no encontró que responderle, puesto que el mismo Almonte era una prueba de ese cambio operado en las ideas. Con efecto, el general Don Juan Nepomuceno Almonte, hijo del notable cura Morelos, uno de los caudillos mas remarcables de la guerra de la independencia, habia pertenecido al principio al parti-

do exaltado republicano. (1) Afiliado en el bando yorkino, fué uno de los que mas contrarios se mostraron siempre á los españoles que habian quedado en aquel país despues de la independencia y al partido escocés. Adicto á Guerrero, y amigo de los mas exaltados liberales, entre los cuales se contaba el padre Alpuche, jamás desperdió ocasion de presentar á los peninsulares allí radicados, como promovedores de las revueltas del partido conservador. Algo se modificaron sus exageradas ideas con el transcurso de algunos años; pero con respecto al sistema de gobierno, tenia por un crimen que se pensase en otro que en el republicano para su país. Todavía en 1840 era uno de los mas firmes campeones de las ideas republicanas. Era en esa época ministro de la guerra; y habiendo salido á luz en Octubre de ese mismo año de 1840 el cuaderno de D. José María Gutierrez Estrada, de que ya tengo hablado en su lugar correspondiente, en que asentaba que solo podria prosperar Méjico constituyéndose en monarquía, Almonte calificó el escrito de ofensivo á la nacion, de ultrajante á la sociedad y de eminentemente anti-constitucional; hizo recoger todos los ejemplares, y se manifestó altamente indignado contra el autor de la idea que tuvo que esconderse para salvarse. Pues bien ese mismo Almonte, ese mismo exaltado republicano que persiguió á Gutierrez Estrada por su cuaderno en favor de la monarquía, llegó á opinar

(1) Ya tengo referido que el apellido Almonte le quedó del cuidado que el cura Morelos tenia de ordenar, cuando iba á entrar en batalla, en que llevasen á su hijo al monte, para no exponerle á los peligros de una accion de guerra.

como éste, veinte años despues, y en union de él y de otros ofrecieron la corona de Méjico á Maximiliano.

Despues de haber manifestado Almonte los motivos que habian producido el cambio en las ideas políticas de los habitantes de la república, añadió, que «creia seguro el apoyo de las armas francesas para el establecimiento de la monarquía.» Aunque esto debia entenderse en el supuesto que el país estuviese en ese sentido, pues los aliados llevaban la orden de respetar el gobierno que libremente eligieran los mejicanos, bien fuese republicano ó monarquista, el general Prim, dando por hecho que los jefes franceses estaban dispuestos á obrar por sí solos de aquella manera, contestó: «que sentiria que el gobierno francés se comprometiese en Méjico en una política que estaria en contradiccion con la política siempre grande, justa y generosa del emperador; y que en el caso, poco probable, pero posible, de que las fuerzas francesas sufriesen un revés sosteniendo semejante empresa, tendria tanto pesar como si una gran desgracia hubiese sobrevenido á su país ó á su propia persona.» El general Prim terminó pidiendo encarecidamente á D. Juan Nepomuceno Almonte «que no siguiese adelante, porque si marchaba solo, desterrado como estaba por un decreto justo ó injusto, caminaba á su ruina; y si era escoltado por una de las potencias aliadas, este hecho produciria una alarma, cuyo resultado seria comprometer la buena política seguida hasta entonces por los comisionados.»

Don Juan Nepomuceno Almonte, pocos dias despues de esta entrevista con el general Prim, tuvo otra con el comodoro inglés Dunlop, manifestándole las mismas ideas y

la excelente disposicion en que estaba Francia en apoyar el establecimiento de la monarquía.

El gobierno de Don Benito Juarez, con el fin de hacer ver á los comisionados de las tres potencias, que no solo contaba con la fuerza física para dominar la revolucion, sino tambien con la fuerza moral, y que la opinion del país era contraria á la intervencion, aunque se hubiesen manifestado por ella algunos mejicanos, hizo que los empleados de todas las oficinas, así como los individuos que tenian algun cargo en los establecimientos del gobierno, manifestasen su opinion, poniendo su nombre y firma en varias listas que se formaron. Como era de esperarse, la mayor parte de los empleados protestaron contra la intervencion, y lo mismo hicieron aun las personas que ningun cargo tenian, pero que pertenecian á la comunión política que representaba el gobierno. De los que tenian algun destino en las oficinas ó institutos de enseñanza sostenidos por el erario, pocos se negaron á firmar la protesta contra la intervencion, contándose entre ellos los profesores de la Academia de bellas artes Don Pelegrin Clavé, Don Javier Cavallari y Don Eugenio Landesio, que, por ser nacionales de otros países, quisieron ser extraños á la política, siendo, en consecuencia de su negativa, separados de sus destinos. El número de los firman-tes contra la expresada intervencion fué, en consecuencia, bastante respetable y numeroso.

Entre tanto, los jefes de las fuerzas conservadoras esperaban con ansia que Almonte hiciese conocer á la nacion la política que iba á seguirse. Sin embargo, no por esto dejaron de combatir por la idea política que habian abrazado,